

— Van á la otra orilla, á...

Por más que Bernardo concentró todas sus facultades en su órgano auditivo, no pudo, con gran desesperación suya, entender el resto de la frase, pronunciada en voz muy baja por Glorieta.

— Gracias, gracias, hija mía! — decía transfigurado el gran marqués.

Este apagó la linterna, luego de despertar á la niña á la que se llevó hacia fuera diciéndole con cariño :

— Ven ahora á abrazar á la que ha de ser tu madre. Tras ellos habia salido *Diógenes*.

Una vez solo con Fiamma, Bernardo gimió con desaliento :

— ¡Hay para desesperarse! Nada hemos adelantado, y sigo tan ignorante como hace un momento del sitio en que se encuentra Solange. ¡Imposible, Dios mío, imposible acudir en su socorro!

— Os equivocáis, caballero; — contestó la protegida de Salem-Kebir. — Mi oído es más fino que el vuestro. Yo sé dónde está esa joven, y si accedéis á llevarme en la grupa, yo os indicaré el camino.

Veinte minutos después la yegua árabe hería con sus argentadas herraduras las blandas tierras de labor de Passy.

Djaulia habíase acostumbrado, desde su llegada á París, á trasportar sobre sus lomos enormes cargas. De ahí que no experimentara fatiga alguna con el doble peso de Bernardo de Arma y Fiamma la berberisca.

## XX

## BATIDA NOCTURNA

Mientras que María de Villanueva-Marsan quedaba sola y frente á frente de Glorieta, la gentil gitanilla á la que, por deseo expreso del marqués, debía conceder toda su afección, con carácter de maternal cariño, éste último, siempre acompañado de Diógenes, atravesaba el Hotel, deteniéndose al fin en el patio de honor, delante del pabellón habitado por los Peiragude.

— ¡Colombán! — dijo llamando en voz alta. — ¡Cortansio!

Ninguna luz brillaba en el pabellón; sin embargo, este se iluminó interiormente, apenas resonara la voz del marqués; luego, abierta la puerta, presentáronse en el umbral los dos más antiguos servidores de la aristocrática familia. Inútil nos parece añadir que éstos eran Colomán Peiragude y el escudero Cortansio.

Avanzaron ambos en silencio, y al inclinarse con

respeto ante el que acababa de llamar, dijo uno de ellos :

— Monseñor se digna llamarnos por nuestros nombres, como en mejores tiempos. . ¡Dios sea loado!

Como si nada oyese, el marqués preguntó con pres-teza :

— ¿Puedo disponer aún de buenos caballos?

Es de advertir aquí, como justificación de esta pre-gunta, que aun cuando el marqués acababa como quien dice de salir de la cuadra, preocupado como estaba al entrar en ella por los detalles que se proponía obtener de Glorieta, no reparó en el caballo padre, ni en la yegua blanca de que hablamos en el capítulo prece-dente.

— En la cuadra chica están las hacaneas de mis nobles amas, y el trotón de que yo me servía en Bona-guil; — dijo Cortansio.

— En la otra — añadió enseguida Colomban — se encuentra el mejor corcel que hay hoy en París.

— ¿Dejanire?

— Dejanire murió hace dos años, monseñor. Me refiero al producto de la misma y de Amadis, á *Mont-joie*, así llamado en recuerdo de la batalla de San Dionisio.

— Bueno, — exclamó con aire satisfecho el marqués.

— Esta noche hará Montjoie sus primeras armas. Ahora dime : tu tenías dos hijos, ¿verdad? ¿Qué ha sido de ellos? ¿Dónde están Gualberto y Silverio?

— Son dos hombres, excelencia, como pudisteis observar ayer por la mañana cuando tuve el honor de

presentároslos. Además, desde ese momento, Gual-ber-to quedó al servicio de vuestra persona...

El jefe de la familia Peiragude examinaba al hablar, aunque con cierto disimulo, á su dueño y señor, pare-ciéndole mucho que el hombre á quien en aquel momento se dirigía no era el mismo que enviara á buscar á los truhanes de la Corte de los milagros para recrearse en su compañía.

Lo que al principio no fué en él más que una sospe-cha llegó á adquirir caracteres de certidumbre cuando el gran marqués observó distraído :

— ¿Dices que está desde ayer á mi servicio?... ¡Ah, sí, tienes razón! Lo que yo quería saber es lo que hacen tus hijos en este momento.

— Pues en este momento, señor, están dejándose cuidar por su madre... Porque ha de saber vuestra excelencia que los pobres acaban de recibir algunas contusiones fuera del parque. Sin embargo, aunque un tanto maltrechos, al servicio están, ahora como siem-pre, del señor de Villanueva. ¿Debo llamarlos?

— Gascón habías de ser; — dijo el marqués. — Deja en paz á tus hijos por ahora, tanto más cuanto que mañana... Sí, mañana será día de grandes aconteci-mientos. El señor de Villanueva-Marsan tendrá nece-sidad de hombres bravos y abnegados para sostener su causa. Déjalos tranquilos, para que se repongan del daño recibido, y vamos á ver á Montjoie.

Cortansio y Peiragude, armados de hachas encendi-das, atravesaron el patio alumbrando el camino. El viejo Colomban, precediendo á su amo, decía para su coletó :

— Yo no he visto en mi vida un perro en esta casa. Ese que va pegado á los talones de nuestro señor debe ser el ladrón que robó á Francisca sus asados...

Llegaron á la cuadra.

— ¡Cómo! — exclamó al ver vacío el pesebre en que se refociló Djaulia. — ¿La yegua del joven caballero ha desertado? Sin embargo, la puerta estaba cerrada... Sospecho que aquí ha ocurrido algo que no es natural.

— ¿Qué caballero es ese de quien hablas? — preguntó el marqués.

— Pues... el mismo á quien recibisteis esta tarde en las habitaciones de nuestra noble señora.

— Tienes razón, ¡cruz de Cristo! — Decididamente, mi memoria flaquea.

Así diciendo, el gran marqués habíase aproximado al caballo negro, y puesto su mano en la cruz de noble animal, quien relinchó sonoramente al sentirse acariciado.

— Si es este Montjoie, sospecho que en cosa de una hora podré encontrarme en el Priorato del Cuenca; — dijo el marqués.

— Emplearéis menos, señor.

Colomban empleóse en el acto en ensillar el corcel, cuyo ardor era difícil de moderar en aquel momento. Por su parte Cortansio se creyó en el deber de decir á su vez:

— Yo ensillaré en un periquete á mi antiguo trotón...

— Te lo prohibo en absoluto, — interrumpió el prócer, sonriente. — Pero como deseo aceptar algo tuyo, para que no digas, dáme tu espada. Cuando el honor de

los Villanueva-Marsan está en peligro, solo Villanueva-Marsan tiene el derecho de defenderlo.

Tomó la espada que Cortansio le presentaba respetuoso, y montando á caballo con notable presteza murmuró al oído del noble bruto que parecía sediento de libertad:

— Esos granujas nos llevan bastante ventaja. Tanto Amadis como Dejanire los habrían alcanzado, me consta; pero á ti, hijo de ambos, debo pedirte algo más... Es preciso que les pases delante.

Por la puerta grande, que acaba de abrir Colomban, salió el jinete al paso. Cuando se encontró junto al viejo Periagude, el gran marqués inclinóse en la silla para preguntarle á media voz:

— ¿Vas á ver enseguida á tus hijos?

— Sí, monseñor.

— Bueno, pues recomienda muy especialmente á Gualberto que cuide de mis vinos y de mis asados. El que yo esté ausente no es una razón para que deje de tratarme bien en mis habitaciones.

Y como el viejo servidor le miraba estupefacto creyendo haber penetrado al fin el enigma, el marqués llevó un dedo á sus labios, y dió rienda al corcel gritando al mismo tiempo:

— ¡Hasta mañana, mis verdaderos amigos!

Un momento después el caballo, el caballero y el perro desaparecían entre las tinieblas que cerraban el horizonte por el lado del Prado de los Clérigos.

Poco más de las diez y media serían, cuando el gran marqués, precedido por el perro, hizo saltar á su ca-

ballo en la barcaza en la que tres cuartos de hora antes habían pasado el Sena los raptos de Solange.

La sacudida despertó al barquero, quien instintivamente tiró al punto de la cuerda poniendo en movimiento la barcaza.

— ¿A quién has pasado desde que anocheció? — preguntó el de Villanueva.

— Pues, en primer lugar, monseñor, y hace como cosa de media hora, pasé á cinco herejotes que me han pagado con una tanda de puntapiés.

— ¿Iban montados, verdad?

— Sí, señor, montados.

— ¿Escoltaban á una señora joven?

— Cabal. Por cierto, — añadió el hombre de la barca — que aunque muy ricamente vestida, la tal señora no me pareció hallarse muy contenta ni muy bien de salud.

La barcaza embarrancaba en aquel momento, y el gran marqués hizo saltar á tierra á su montura.

— Amigo, — dijo al barquero — al hablarme de esos malsines, dijiste « en primer lugar », lo cual me indica que otros pasajeros atravesaron el río después que ellos.

— Así es en efecto, señoría. — Aún no hace diez minutos que estaban á mi bordo un fogoso caballero de corte y una muchacha de ojos de fuego montados ambos en un caballo blanco como la luna.

— ¿Los has desembarcado aquí mismo? — preguntó con gran interés el señor de Villanueva.

— Sí, señor; es decir, no.

— ¿En qué quedamos? — Supongo que no los has ahogado.

— Sí, sí; cualquiera los ahoga á esos. — Venían, como os he dicho en la barcaza; pero el caballero, que sin duda tiene mucha prisa, impacientado porque el bote iba despacio, se tiró al agua de golpe.

— ¡Día de Dios!

— Como lo oye su señoría. Y el hombre acabó de pasar el río á nado, sosteniendo á su compañera. De modo que por ese pasaje tampoco he recibido nada; ni siquiera los puntapiés...

Riendo de buena gana el gran marqués arrojó un escudo al afligido barquero, y lanzó su caballo al galope por los campos de labor.

— Esa yegua blanca no debe serme desconocida, — pensaba — y sospecho mucho que el heroico loco que la monta se parece bastante á mi paladín del castillo de Vincennes. Pero... ¿quién puede ser la dama que le acompaña en expedición tan peligrosa? Eso sí que no puedo ni aun sospecharlo.

El perro corría junto al negro corcel, la rapidez de cuya marcha no era para él cosa sorprendente por haber tenido ya que someterse á otra carrera por el estilo acompañando á Djaulia.

El marqués se fijó en el abnegado animal y le preguntó, como si pudiera entenderle :

— ¿Qué te parece, Diógenes, estamos en el buen camino?

Un ladrido aprobador, fué la respuesta que obtuvo el noble prócer.

— ¡Hop! ¡Hop! — hizo éste, impaciente.

Y Monjoie alargó aun más el paso, saltando cercas, penetrando sin vacilar en la obscuridad, cada vez más profunda; formando con su jinete un bloque de carne palpitante, que avanzaba, avanzaba sin cansancio aparente, como si el deseo de llegar le prestase alas.

Así llegaron al lindero del bosque de Rouvray, donde *Diógenes*, contra su costumbre, comenzó á ladrar débilmente.

Entonces pudo ver el marqués que delante de él, y casi al mismo paso, cabalgaba otro jinete que se disponía á internarse en el bosque.

— ¡Alto! — gritó el señor de Villanueva. — Quien quiera que seáis, tened la bondad de esperarme y oírme.

En aquella época era por demás peligroso el viajar, aun en pleno día, y yendo juntas varias personas. El marqués, que no lo ignoraba, hubo de pensar, no sin razón, que aquel jinete solitario, bastante intrépido para atravesar de noche un bosque del que se contaban cosas capaces de poner de punta los cabellos á los hombres más animosos, en todo debía pensar menos en huir porque él se acercaba.

Y así sucedió en efecto. El jinete misterioso, bravo ó indiferente al peligro, hizo dar media vuelta á su caballo, y desandando, en parte, lo andado, se detuvo en la penumbra, en sitio descubierto, fuera del lindero marcado por los primeros árboles.

Sombrero en mano, galantería que las tinieblas de la noche hacían de todo punto superflua, el marqués preguntó refrenando su montura.

— ¿Podrías decirme, caballero, si una partida de gente armada, conduciendo á una mujer contra su voluntad, ha tomado, no hace aún mucho tiempo este sendero de caza en el que nos encontramos?

— Monseñor, — contestó el desconocido saludando á su vez — lo mismo me preguntaba yo hace un instante, porque también voy en seguimiento de esos malandrines de quienes acabáis de hablar.

El sonido de aquella voz chocó grandemente al marqués, quien procuró dar á su vista toda la posible agudeza, reparando entonces en el pelo del caballo que montaba su interlocutor, así como también en que, en la grupa del cuadrúpedo, aparecía una segunda forma humana.

— ¡Por Dios vivo! — exclamó entonces — debí presumirlo, señor caballero de Arma, y joven amigo mío; debí presumir que la nube de polvo que me precedía ocultaba al valeroso enderezador de entuertos que por lo visto sois... Y á este propósito dejadme que os diga que me parece que os habéis interesado demasiado en muy corto espacio de tiempo á los Villanueva-Marsan.

Sed de Amor, un tanto cohibido, quiso protestar:

— ¡Monseñor!

— Nada de excusas, joven; — dijo el gran marqués interrumpiéndole. — Os debo mi libertad, lo cual quiere decir que podéis disponer de mí. Mientras Villanueva viva no se creará liberado de la deuda de gratitud que tiene contraída con su salvador. Dicho esto, sepamos: ¿qué lleváis ahí?

El marqués, al hacer esta pregunta, señalaba con la

mano á la forma humana sentada detrás de Bernardo.

— Es Fiamma, señor; — dijo el joven sin la menor vacilación. — Se ha ofrecido para guiarme.

— ¡Cómo! ¿Es Fiamma, la gentil descifradora de los misterios astrales? Pues no podíais ir en más amable compañía. Pero en fin, dejando aparte lo que por el momento ofrece poco interés, y puesto que henos aquí en número, ¿no podíais contestar á mi primera pregunta?

Sed de Amor se apeó, puño una rodilla en el suelo y pegó su oído contra el suelo.

— ¡Hombre más especial! Cualquiera pensaría — dijo el marqués — que repite á la tierra mi pregunta.

Precisamente eso era lo que hacía Bernardo, á quien la larga práctica adquirida en las grandes soledades había puesto al corriente de los medios de que en ellas puede valerse un viajero para realizar ciertas informaciones.

Al cabo de pocos segundos se levantó diciendo :

— La partida sigue su camino al trote y se encuentra á cuatrocientas toesas á nuestra izquierda.

— Andando, amigos, — exclamó el marqués — y procuremos no desviarnos de la dirección indicada.

Aun no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando ya Sed de Amor estaba á caballo.

Y juntos como si formaran un tronco enganchado, el caballo negro y la yegua blanca, antiguos compañeros de cuadra y buenos amigos, penetraron en el bosque rivalizando en velocidad.

Embriagados por la rápida marcha devoraban los

jinetes el espacio guardando grave silencio. Apenas si se veían, pues la obscuridad en la espesura del bosque era completa. Pero sentían el contacto de sus botas, y mecidos por el movimiento de la fantástica carrera franqueaban baches, raíces torcidas, montículos y arroyos, despertando apenas al pasar la naturaleza dormida.

Fiamma, ocupado el cerebro por candentes ideas, pero tratando de penetrar con su mirada fulgurante aquel caos de tinieblas, rodeaba con sus ebúrneos brazos la cintura del caballero y se abandonaba al movimiento desordenado de aquella carrera vertiginosa. Y olvidando por un instante la fatalidad que parecía pesar sobre ella, lleno de beatitud el corazón, abandonaba al viento de tempestad la onda obscura de su opulenta cabellera.

Los jinetes salieron al fin del bosque; sobre sus cabezas se mostró de nuevo el cielo estrellado, y en el límite del terreno ligeramente inclinado que se presentó ante ellos pudieron ver como el serpenteo de una inmóvil sierpe de plata. Era el río.

El gran marqués detuvo su caballo frente al poste que sostenía la campana destinada á llamar al barquero.

— Has hecho más tal vez de lo que habría hecho tu padre; — dijo acariciando el cuello de Montjoie. — Pero la yegua blanca ha hecho más que tú, puesto que ella llevaba doble carga.

Tendiase en esto su mano hacia la cadena de la campana con objeto de agitar ésta, cuando Bernardo le detuvo.

— ¡ Un momento !... — dijo — Escuchad, señor.

Oíase en efecto, bastante lejos, un ruido sordo inconfundible; era el galopar de varios caballos.

— ¿ Qué harías tú en mi lugar, hijo mío ?

En vez de contestar Sed de Amor preguntó á su vez :

— ¿ Tenéis algún conocimiento en la isla, monseñor ?

— ¡ Ya lo creo ! — aseguró el marqués. — El priorato del Cuenco me pertenece, y el guarda que está al cuidado del mismo, Faraubras, me lo debe todo.

— Lo digo porque allí os sería fácil dar buena cuenta de los que llegan, por lo menos así lo creo.

— Sí que lo podría.

— En ese caso, señor marqués, y con objeto de no espantarlos, dejémosles el barco para vadear el río y pasémoslo nosotros á nado.

— ¿ A nado ? — preguntó el marqués algo inquieto.

— Sí, señor marqués, á nado; — repitió Sed de Amor. — Djaulia está ya muy acostumbrada á estas andanzas, y vuestro caballo hará lo que haga ella.

No había tiempo para discutir. Oíanse ya casi distintamente las voces y risas de los jinetes, á quienes aún no podía verse.

Uno al lado del otro, Djaulia y Montjoie llegaron á la orilla penetrando enseguida en el agua, y diéronse á cortar la corriente de conserva.

Cuanto á los dos jinetes, de rodillas en sus monturas respectivas, sostenían entre ambos, en sus brazos extendidos, á Fiamma inmóvil, y con las riendas entre los dientes mantuvieron en buena dirección á los ca-

ballos, sin que una gota de agua siquiera llegara á mojarles.

Cerca de ellos, y cada vez más alegre, nadaba *Diógenes*, el cual volvíase de continuo para ver si los demás le seguían, acariciando alternativamente con alegre lametón los belfos de los caballos, como si pretendiera animarlos.

Hubo un momento en que el silencio augusto de la noche vióse de pronto turbado por el repique de la campana que alguien agitaba violentamente, demandando sin duda con gran premura la presencia del barquero.

— ¡ Eh, Faraubras ! — gritaba el duque Rolando. — ¡ A la barcaza, dormilón, con cien mil diablos que se te lleven ! ¡ Al agua pronto, perezoso, que tenemos prisa !... Y sabe que es tu nuevo amo quien llega en alegre y buena compañía.

De la puerta combada de una gran casa de aspecto monacal, cuyas robustas y pétreas líneas se destacaban en el fondo obscuro de la noche, salió sin apresurarse un hombre de edad ya algo avanzada, portador de un par de pesados remos. Detúvose de pronto, y se aprestó á defenderse, en vista de que dos jinetes sacando sus monturas del agua, tomaban tierra frente á él. Disponíase ya á gritar, cuando uno de los caballeros, el gran marqués, le tapó la boca con la mano.

— ¿ Te acuerdas de tu amo, Faraubras ? — le preguntó. — ¿ Recuerdas al señor de Villanueva-Marsan ? ¡ Vamos á ver, mírame !

— ¿ Cómo queréis que os mire, — replicó el guardián del Priorato del Cuenco — si no alcanzo á ver ni

aun lós dedos de mi mano en esta maldita obscuridad. Pero no importa; sabed monseñor que es fiel mi memoria, por lo que para reconocer me basta con oír vuestra voz... Pero dejad que me admire de veros aquí, que no es cosa que suceda todos los días el que salga del castillo de Vincennes quien en él fué una vez encerrado.

— Comprendo tu extrañeza, — dijo el marqués, — pero ahora no es ocasión de manifestarla, Faraubras; en la orilla opuesta hay gentes que te llaman para que los pases.

— Ya esperarán si quieren.

— Bien dicho. Ahora contesta: ¿están contigo tu mujer y tu hija?

— En la cocina están, señor. Dijéronnos que teníamos un nuevo amo, el duque de Nemours, y que éste llegaría esta noche... Las dos mujeres están preparando la cena encargada.

Una voz irritada se dejó oír en la orilla opuesta.

— ¡Bergante! — decía la voz — cuenta con que serás apaleado, apuñalado y destripado, si no acudes al punto con la barcaza.

El marqués preguntó enseguida:

— ¿Conoces la voz de tu nuevo amo, Faraubras?

— No, señor, — dijo el barquero.

— Pues es esa que acabas de oír.

El viejo no pareció conceder la menor importancia ni á las amenazas proferidas desde lejos, ni al anuncio de que quien las profería era el que decíase su nuevo amo; con la mayor tranquilidad y sin moverse siquiera, siguió diciendo:

— A pesar de eso, mi mujer Homola, y Juanola, mi hija, estarán en absoluto á la disposición del gran mar...

— ¡No! — exclamó rápidamente el señor de Villanueva — olvida ese título por ahora. Yo aquí soy Gaultfarault, rey de Thunes...

— ¿Es posible?

— Y estas dos personas que me acompañan son un truhán y una bellaca. Ahora escucha. Tu duque trae consigo aquí á la última hija de Villanueva... ¡Cállate! Yo sé lo que debe hacerse. Alojars á la noble señorita en una habitación próxima á la que des al duque, pero separada de ella por una buena puerta...

— Así se hará.

— La escolta que le acompaña dormirá en las cuerdas.

— Y aun es alojamiento demasiado bueno para tal gente.

— Nuestros dos caballos los pondrás aparte, bien cepillados y provistos de un pienso escogido.

— Vuestras órdenes, — dijo el viejo — serán ejecutadas al pie de la letra y por mí mismo.

— Preven á Homola y á Juanola que deben respetar nuestro incognito; — añadió el marqués. — Diles además que es preciso que dejen ir y venir á mis dos compañeros sin preocuparse de cuanto puedan hacer, entren donde entren, aunque sea en el cillero, cuya puerta debe quedar abierta.

La voz colérica de Rolando impidió al viejo contestar á las observaciones del gran marqués.

— ¡Villano, imbécil! — gritaba dicha voz. — Si no llegas al instante ten por seguro que tu hija perecerá á latigazos.

Faraubras, que debía ser un gran filósofo se contentó con encogerse de hombros, contestando al gran marqués.

— Descuidad, señor; no olvidaré nada.

— Bueno, amigo mío; ahora yo me voy al Priorato en el que volverás á verme; tú anda á buscar á esos bala-drones. ¡Ah! Si Nemours te pregunta porqué no has acudido enseguida, dile que porque te ha entretenido su suegro. Anda.

Y mientras que Faraubras, desamarrada la barcaza, poníala en movimiento, el marqués, Bernardo y Fiamma, seguidos de los tres cuadrúpedos, penetraban en el patio del Priorato, especie de abadía y de castillo feudal, que fué dado por el rey al primer gentilhombre de su cámara, el mismo día en que el Parlamento se pronunció en favor de la causa de este último, y que antes formaba parte del patrimonio confiscado al de Villanueva, cuando éste fué encerrado en Vincennes.

Volvió en esto la barcaza, conduciendo á los alborotadores.

— ¿Cómo es eso? — preguntó Rolando al saltar á tierra. — ¿No hay nadie aquí para recibirnos? ¿Se han puesto acaso de acuerdo todos los domésticos impertinentes para dejarnos solos?

Y volviéndose hacia el imperturbable Faraubras, añadió:

— Tú, viejo estúpido, tú me has hecho perder la pa-

ciencia. ¿Quién te ha impedido acudir al primer aviso? ¿Quién, vamos á ver?

— ¿Quién? Pues, difícil me es decirlo, porque no le conozco... Él dice que es el suegro de vuestra gracia.

— ¡Papá suegro aquí! — exclamó admirado Rolando.

Y los cuatro bohemios de la escolta contestaron á su exclamación con una risita irónica.

— ¡Que la peste se os lleve á todos! — gritó Rolando. — ¿No estáis viendo, villanos, que mi futura duquesa va á mojar-se los pies, y que las consecuencias de esa mojadura pueden ser fatales para su preciosa salud? ¡Pronto, buscadme heno, flores, lo que haya; despojaos de vuestras casacas, y haced con todo eso una alfombra, por vida del diablo!

Digamos en este punto que Solange no había despegado los labios durante todo el camino, arrepintiéndose en cambio muy sinceramente de su desobediencia á las órdenes y consejos de su madre, al oír las soeces ocurrencias de los hombres de escolta.

También habíala sobrecogido la brusquedad con que se realizó su raptó. Sin embargo, como en realidad amaba, y como amaba por la vez primera, claro es que la expeditiva conducta de su raptor encontraba en el ánimo de la enamorada niña bastante indulgencia, y que de sobra se le alcanzaba á ella que no le había sido dado al galán hacerse ayudar en la temeraria empresa más que por gentes mercenarias, que sólo se reclutan entre los seres groseros é ineducados.

Más penosa era la impresión que le causaba la extremada solicitud del duque con respecto á ella. Sentíase molesta y herida en su dignidad, aun cuando ni por un momento llegó á suponer que aquel hombre pudiese abrigar la intención de exigir de ella complacencias reñidas con el más escrupuloso recato.

La esposa de Faraubras y su hija Juanola, armadas de linternas de cuerno, habían acudido al oír las exclamaciones de Rolando, y formado el cortejo, subió el declive de la orilla. Rolando, con el sombrero en la mano, marchaba junto á Solange, quien no se atrevía á mirarlo.

— ¿Has hecho preparar una cámara para mi noble princesa? — preguntó á Faraubras, quien caminaba tras él con los remos al hombro.

— Sin duda alguna, excelencia; — dijo el viejo. — La misma que honró, habitándola, la señora marquesa de Villanueva-Marsan.

— ¡El cuarto de mi madre! — pensó Solange con secreta angustia.

Rolando continuó dando órdenes.

— Bueno, — dijo; — tu hija queda agregada al servicio particular de la señorita. Ella la guiará, sirviéndole luego su colación.

Llegaban en esto á la entrada del claustro, en el centro del cual comenzaba la escalera monumental que conducía á las habitaciones del antiguo Priorato.

Quiso entonces el duque besar la mano de la joven, pero esta la retiró; visto lo cual por Rolando, se inclinó, saludando al modo de los cortesanos.

— La habitación del marqués que yo voy á ocupar

debe tener alguna comunicación con la de su casta esposa, que va á ocupar esta mala pécora — pensaba al inclinarse ante Solange. — Antes de tres horas habré hecho de tí mi querida, y veremos entonces si sigues haciendo esos repulgos.

— Villano, — añadió llamando á Faraubras. — el cuarto del marqués, donde me harás servir la cena, ¿comunica con el de la marquesa?

— Sí, señor, por un gabinete.

El duque se frotó las manos.

— Ya me enseñarás la puerta. Por ahora anda á poner cinco cubiertos en mi cuarto; mis caballeros de escolta cenarán conmigo.

— El caso es que esos caballeros están ya refocilándose en la cuadra; — dijo el viejo.

— ¿En la cuadra?

— Sí, señor; además, vuestra señoría no puede invitar á su mesa á esos rústicos al mismo tiempo que á un hombre de calidad.

— Un hombre de calidad... en mi mesa... ¡y en este sitio! ¿Quién es ese hombre? Habla pronto, pues que conservas sanas las costillas, cuando debí molértelas á palos.

-- Me ha dicho que se llama Gaultfarault.

— ¿Gaultfarault? — Ya he oído ese nombre alguna otra vez... pero ¿dónde? Dime, ¿cuántos compañeros están con él?

— Ninguno.

— En ese caso, bravo debe ser el hombre cuando se aventura á venir solo por aquí.

— «Lo cierto es, — aseguró el guardián — que á juzgar por las trazas, no es la audacia ni la prestanda lo que le falta.

— ¿Y ha manifestado mucho empeño en cenar conmigo? — preguntó Rolando.

— Yo no puedo hacer más que repetiros sus palabras, señor. Ese hombre me ha dicho así: « Como yo convidé ayer á mi yerno en mi casa, supongo que él no tendrá inconveniente en convidarme hoy en la suya. »

Al oír esto, golpeóse el duque Rolando la frente mientras decía:

— ¡Gaultfarault! Ahora recuerdo... Ese diablillo de miss Huming es quien me ha hablado de él, al ponerme al corriente de la trama urdida por Catalina de Médicis... La verdad es que tiene gracia; ¡el rey de Thunes suegro mío! ¡Quién había de pensar en semejante farsa!

Faraubras, que continuaba como siempre impasible, acompañó á su nuevo amo á la habitación preparada para recibirle.

Era un cuarto espacioso, rectangular, alumbrado por tres ventanas ojivales que daban al río. Á la derecha mano, un estrecho gabinete tapizado con telas antiguas representando escenas del Apocalipsis, servía de comunicación entre esta cámara y la en que fuera instalada Solange.

El lecho, colocado sobre un tablado para llegar al cual era preciso subir tres escalones, ocupaba todo el fondo, á la izquierda, y la puerta de acceso daba frente á las ventanas.

Apenas entrado, y sin siquiera fijarse en la mesa del centro sobre la que se hallaban preparados dos cubiertos, sin conceder ni una mirada al mueblaje suntuoso ni á la riqueza de las colecciones allí reunidas, el nuevo amo del Priorato preguntó á su acompañante:

— ¿Por dónde comunican las...

El padre de Juanola no esperó que terminara la frase, y abrió la puerta de la derecha. Por ella penetró Rolando en el gabinetito de que acabamos de hacer mención, pudiendo entonces oír lo que se hablaba en la cámara contigua.

— Deseo estar sola, hija mía, — exclamaba la voz acerba de Solange. — Beberé un vaso de agua fresca, y nada más.

Sin duda giraba una visita de inspección al cuarto que había de servirle de alcoba ó de prisión, sondeando el espesor de sus muros, dando en ellos repetidos golpes. Luego añadió:

— Vos vigilaréis ahí fuera, pero luego de prevenir á vuestro padre de que él me responde de mi seguridad. Podéis retiraros.

El duque oyó entonces el ruido que produce una puerta cerrada con cerrojo desde el interior, y un relámpago de infernal alegría, iluminó su mirada, que se hizo perversa, tal como la vimos en el momento de recibir el insulto de Bernardo de Arma en el saloncillo de la casa de las Miñonas. Un momento después penetraba de nuevo en la habitación preguntando:

— ¿Conociste tú á tu antiguo señor, villano?

— La señora marquesa vino al Priorato á convale-

cer de su alumbramiento, y en aquella época yo era montero de monseñor, cuando iba de caza al bosque de Rouvray.

— Los cazadores, — dijo Rolando — suelen ser, por regla general, buenos bebedores. ¿Queda en tu bodega algún vino que pueda beberse?

— Los hay de todos los países; pero monseñor parecía apreciar sobre todo el aroma de un vinillo italiano: el Chianti.

— Pues tráeme dos frascos de ese vino, amén, naturalmente, de los demás líquidos. Anda, y vuelve pronto.

Cuando cumpliendo esta orden, puso Faraubras sobre la mesa los frascos polvorientos, díjole Rolando, con su habitual tono, despóticamente imperioso:

— Ahora conduce hasta aquí al señor Gaultfarrault.

Una vez solo, Rolando sacó del bolsillo interior de su sobreveste un pliego de papel que abrió con grandes precauciones. Dicho papel contenía una capa, apenas visible, de un polvo blanco impalpable. Luego de considerarlo un momento, destapó con presteza uno de los dos frascos, mezcló los polvos con el perfumado líquido contenido en la botella, agitando ésta un instante, y colocó el tapón al revés, pensando:

— Ya era tiempo: la química de mamá Phtah hará de las suyas si es preciso.

Era tiempo en efecto. Una voz sonora gritaba en el descansillo de la escalera:

— ¡Por los cuernos chamuscados de Lucifer, de-

jadme ya pasar, barquero del infierno! Ya os dije que mi yerno no podía negarse á recibirme.

Y al ver aparecer en el umbral de la puerta, abierta con estrépito, la simpática corpulencia de su huésped de la víspera, el duque Rolando exclamó con alegría fingida ó verdadera:

— ¡Adelante, querido suegro; vuestra visita es una sorpresa por todo extremo agradable!